



Arthur Conan Doyle

El Oficinista del
Corredor de
Bolsa

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL OFICINISTA DEL CORREDOR DE BOLSA

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1892

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

EL OFICINISTA DEL CORREDOR DE BOLSA

ARTHUR CONAN DOYLE

POCO DESPUÉS de mi matrimonio, compré una consulta en el distrito de Paddington. El viejo Sr. Farquhar, de quien la compré, había tenido en su momento una excelente práctica general; pero su edad, y una afección del tipo del baile de San Vito de la que sufría, la habían reducido mucho. El público, de manera natural, sigue el principio de que quien quiera curar a otros debe estar sano, y desconfía de los poderes curativos de quien su propio caso está más allá del alcance de sus medicamentos. Así, a medida que mi predecesor se debilitaba, su práctica declinaba, hasta que cuando se la compré, había bajado de mil doscientas a poco más de trescientas libras al año. Sin embargo, tenía confianza en mi juventud y energía, y estaba convencido de que en muy pocos años el negocio volvería a ser tan próspero como antes.

Durante tres meses después de hacerme cargo de la práctica, estuve muy ocupado, y vi poco a mi amigo Sherlock Holmes, ya que estaba demasiado ocupado para visitar Baker Street, y él rara vez iba a algún lugar excepto por asuntos profesionales. Me sorprendí, por lo tanto, cuando una mañana

de junio, mientras leía el *British Medical Journal* después del desayuno, escuché un timbre en la puerta, seguido de los tonos altos y algo estridentes de la voz de mi viejo compañero.

— ¡Ah, mi querido Watson! — dijo, entrando en la habitación con paso firme—. ¡Estoy muy contento de verte! Espero que la señora Watson se haya recuperado completamente de todas las pequeñas excitaciones relacionadas con nuestra aventura del Signo de los Cuatro.

— Gracias, estamos ambos muy bien — dije, estrechándole cálidamente la mano.

— Y espero, además — continuó, sentándose en la mecedora —, que las preocupaciones de la práctica médica no hayan eliminado por completo el interés que solías tener en nuestros pequeños problemas deductivos.

— Al contrario — respondí —, fue solo anoche que estaba revisando mis viejas notas y clasificando algunos de nuestros resultados pasados.

— Confío en que no consideres tu colección cerrada.

— En absoluto. No desearía nada mejor que tener más de esas experiencias.

— ¿Hoy, por ejemplo?

— Sí, hoy, si quieres.

— ¿Y tan lejos como Birmingham?

— Ciertamente, si lo deseas.

— ¿Y la práctica?

— Mi vecino la atiende cuando yo no estoy. Él siempre está dispuesto a devolver el favor.

— ¡Ah! Nada podría ser mejor — dijo Holmes, recostándose en su silla y mirándome atentamente desde debajo de sus párpados medio cerrados—. Veo que has estado enfermo últimamente. Los resfriados de verano siempre son un poco molestos.

— Estuve confinado en casa por un resfriado fuerte durante tres días la semana pasada. Sin embargo, pensé que ya me había recuperado por completo.

— Y así es. Te ves notablemente robusto.

— ¿Cómo supiste entonces que estuve enfermo?

— Mi querido amigo, conoces mis métodos.

— ¿Lo dedujiste, entonces?

— Ciertamente.

— ¿Y de qué?

— De tus zapatillas.

Miré hacia las nuevas zapatillas de charol que llevaba puestas. — ¿Cómo demonios...? — empecé, pero Holmes respondió a mi pregunta antes de que la hiciera.

— Tus zapatillas son nuevas — dijo —. No puedes haberlas tenido más de unas pocas semanas. Las suelas que me estás mostrando en este momento están ligeramente chamuscadas. Por un momento pensé que podrían haberse mojado y quemado al secarse. Pero cerca del empeine hay una pequeña oblea circular de papel con los jeroglíficos del vendedor. La humedad, por supuesto, la habría quitado. Así que has estado sentado con los pies estirados hacia el fuego, lo cual un hombre no haría, ni siquiera en un junio tan húmedo como este, si estuviera en plena salud.

Como todo el razonamiento de Holmes, la cosa parecía de una simplicidad total cuando se explicaba. Leyó el pensamiento en mis facciones y su sonrisa tuvo un toque de amargura.

— Me temo que me descubro bastante cuando explico — dijo —. Los resultados sin causas son mucho más impresionantes. ¿Estás listo para ir a Birmingham, entonces?

— Ciertamente. ¿Cuál es el caso?

— Lo escucharás todo en el tren. Mi cliente está afuera en un coche de cuatro ruedas. ¿Puedes venir de inmediato?

— En un instante. Escribí una nota a mi vecino, subí corriendo a explicar el asunto a mi esposa y me uní a Holmes en la puerta.

— Tu vecino es médico — dijo, asintiendo hacia la placa de bronce.

— Sí; compró una práctica como yo.

—¿Una bien establecida?

—Igual que la mía. Ambas han estado desde que se construyeron las casas.

—¡Ah! Entonces conseguiste la mejor de las dos.

—Creo que sí. Pero ¿cómo lo sabes?

—Por los escalones, muchacho. Los tuyos están gastados tres pulgadas más que los suyos. Pero este caballero en el taxi es mi cliente, el Sr. Hall Pycroft. Permíteme presentártelo. ¡Dale prisa a tu caballo, cochero, porque tenemos justo el tiempo suficiente para tomar nuestro tren!

El hombre al que me encontré frente era un joven bien constituido, de tez fresca, con un rostro franco y honesto y un ligero y crujiente bigote amarillo. Llevaba un sombrero de copa muy brillante y un traje sobrio de color negro, lo que le hacía parecer lo que era: un joven elegante de la ciudad, de la clase a la que se ha etiquetado como cockneys, pero que nos da nuestros regimientos voluntarios de élite y que produce más atletas y deportistas excelentes que cualquier otro grupo de hombres en estas islas. Su rostro redondo y sonrosado estaba naturalmente lleno de alegría, pero las comisuras de su boca me parecían tiradas hacia abajo en una angustia medio cómica. Sin embargo, no fue hasta que todos estuvimos en un vagón de primera clase y bien encaminados en nuestro viaje a Birmingham que pude enterarme de cuál era el problema que lo había llevado a buscar a Sherlock Holmes.

—Aquí tenemos un viaje directo de setenta minutos —observó Holmes—. Quiero que le cuentes a mi amigo tu experiencia tan interesante exactamente como me la has contado a mí, o con más detalle si es posible. Me será útil escuchar la sucesión de eventos nuevamente. Es un caso, Watson, que puede resultar tener algo en él, o puede resultar no tener nada, pero que, al menos, presenta esos aspectos inusuales y extraños que te son tan queridos como a mí. Ahora, Sr. Pycroft, no lo interrumpiré de nuevo.

Nuestro joven compañero me miró con un destello en los ojos.

—Lo peor de la historia —dijo— es que me muestro como un tonto redomado. Por supuesto, puede que todo salga bien, y no veo que podría haber hecho de otra manera; pero si he perdido mi empleo y no consigo nada a cambio, sentiré lo idiota que he sido. No soy muy bueno contando una historia, Dr. Watson, pero esto es lo que me pasó:

—Solía tener un puesto en Coxon & Woodhouse's, de Draper's Gardens, pero se vieron atrapados a principios de la primavera por el préstamo venezolano, como sin duda recordará, y tuvieron un desagradable tropiezo. Estuve con ellos cinco años, y el viejo Coxon me dio una recomendación espléndida cuando ocurrió la quiebra, pero, por supuesto, todos los empleados fuimos despedidos, los veintisiete de nosotros. Probé aquí y allá, pero había muchos otros muchachos en la misma situación que yo, y fue un fracaso total durante mucho tiempo. Había estado ganando tres libras a la semana en Coxon's, y había ahorrado unas setenta de ellas, pero pronto me las gasté todas. Estaba casi en el límite y apenas podía encontrar el dinero para contestar a los anuncios o para comprar los sobres donde ponerlos. Había desgastado mis botas subiendo escaleras de oficinas, y parecía estar tan lejos de conseguir un empleo como siempre.

—Finalmente vi una vacante en Mawson & Williams's, la gran firma de corredores de bolsa en Lombard Street. Supongo que la E. C. no es mucho de tu interés, pero puedo decirte que esta es probablemente la casa más rica de Londres. El anuncio debía ser respondido solo por carta. Envié mi recomendación y mi solicitud, pero sin la menor esperanza de conseguirlo. Volvió una respuesta por correo, diciendo que si me presentaba el próximo lunes podría asumir mis nuevas funciones de inmediato, siempre que mi apariencia fuera satisfactoria. Nadie sabe cómo se manejan estas cosas. Algunos dicen que el gerente simplemente mete la mano en el montón y toma el primero que encuentra. De cualquier manera, fue mi oportunidad en ese momento, y nunca había deseado sentirme más feliz. El salario era una libra a la semana más, y las tareas eran casi las mismas que en Coxon's.

—Y ahora llego a la parte extraña del asunto. Estaba en una pensión por Hampstead, en el 17 de Potter's Terrace. Bueno, estaba sentado fumando esa misma noche después de que me prometieron el puesto, cuando subió mi casera con una tarjeta que decía 'Arthur Pinner, Agente Financiero'. Nunca había oído el nombre antes y no podía imaginarme qué quería conmigo; pero, por supuesto, le pedí que lo hiciera pasar. Entró un hombre de estatura media, de cabello oscuro, ojos oscuros, barba negra, con un toque judío en la nariz. Tenía una manera enérgica y hablaba con rapidez, como un hombre que conoce el valor del tiempo.

—¿El señor Hall Pycroft? —dijo.

–Sí, señor –respondí, empujando una silla hacia él.

–¿Recientemente empleado en Coxon & Woodhouse?

–Sí, señor.

–Y ahora en el personal de Mawson's.

–Exacto.

–Bien –dijo–, el hecho es que he oído algunas historias realmente extraordinarias sobre su habilidad financiera. ¿Recuerda a Parker, quien solía ser gerente de Coxon? Nunca deja de hablar de usted.

Por supuesto, me complació escuchar esto. Siempre había sido bastante agudo en la oficina, pero nunca había soñado que se hablaba de mí en la ciudad de esa manera.

–¿Tiene buena memoria? –preguntó.

–Bastante aceptable –respondí, modestamente.

–¿Se ha mantenido al tanto del mercado mientras estuvo sin trabajo? –preguntó.

–Sí. Leo la lista de la bolsa de valores todas las mañanas.

–¡Eso demuestra verdadera dedicación! –exclamó–. ¡Esa es la forma de prosperar! No le importará que lo ponga a prueba, ¿verdad? Veamos. ¿Cómo están las Ayrshires?

–Ciento seis y un cuarto a ciento cinco y siete octavos.

–¿Y las consolidadas de Nueva Zelanda?

–Ciento cuatro.

–¿Y las British Broken Hills?

–Siete a siete y medio.

–¡Maravilloso! –gritó, levantando las manos–. Esto encaja perfectamente con todo lo que había oído. ¡Muchacho, muchacho, eres demasiado bueno para ser un simple empleado en Mawson's!

Esta exclamación me sorprendió bastante, como puedes imaginar. – Bueno –dije–, otras personas no piensan tanto de mí como usted, señor Pin-

ner. Me costó bastante conseguir este puesto, y estoy muy contento de tenerlo.

–Bah, hombre; deberías aspirar a más. No estás en tu verdadero ámbito. Ahora, te diré cómo están las cosas conmigo. Lo que tengo que ofrecerte es poco comparado con tu habilidad, pero en comparación con Mawson's, es como la luz y la oscuridad. Veamos. ¿Cuándo vas a Mawson's?

–El lunes.

–¡Ja, ja! Apostaría algo a que no vas allí en absoluto.

–¿No ir a Mawson's?

–No, señor. Para ese día serás el gerente de negocios de la Franco-Midland Hardware Company, Limited, con ciento treinta y cuatro sucursales en las ciudades y pueblos de Francia, sin contar una en Bruselas y otra en San Remo.

Esto me dejó sin aliento. –Nunca había oído hablar de ella –dije.

–Es muy probable que no. Se ha mantenido en silencio, ya que el capital fue suscrito de forma privada, y es algo demasiado bueno para compartirlo con el público. Mi hermano, Harry Pinner, es el promotor y se une a la junta después de la asignación como director gerente. Sabía que yo estaba en la movida aquí y me pidió que buscara a un buen hombre barato. Un joven emprendedor con mucha energía. Parker habló de ti, y eso me trajo aquí esta noche. Solo podemos ofrecerte un miserable salario inicial de quinientas libras.

–¡Quinientas libras al año! –grité.

–Solo eso al principio; pero tendrás una comisión superior del uno por ciento sobre todo el negocio realizado por tus agentes, y puedes tomar mi palabra de que esto será más que tu salario.

–Pero no sé nada sobre ferretería.

–Bah, muchacho; sabes de números.

Mi cabeza zumbaba, y apenas podía mantenerme quieto en mi silla. Pero de repente, una pequeña duda me invadió.

–Debo ser franco contigo –dije–. Mawson solo me da doscientas, pero Mawson es seguro. Ahora, realmente, sé tan poco sobre tu compañía que...

–¡Ah, inteligente, inteligente! –gritó, en una especie de éxtasis de deleite–. Eres el hombre perfecto para nosotros. No te dejas convencer fácilmente, y tienes toda la razón. Ahora, aquí tienes una nota de cien libras, y si crees que podemos hacer negocios, puedes guardarla en tu bolsillo como un adelanto de tu salario.

–Eso es muy generoso –dije–. ¿Cuándo debo asumir mis nuevas responsabilidades?

–Esté en Birmingham mañana a la una –dijo–. Tengo una nota en mi bolsillo aquí que llevarás a mi hermano. Lo encontrarás en el 126b de Corporation Street, donde están situadas las oficinas temporales de la compañía. Por supuesto, él debe confirmar tu contratación, pero entre nosotros estará todo bien.

–Realmente, no sé cómo expresar mi gratitud, señor Pinner –dije.

–En absoluto, muchacho. Solo has obtenido lo que mereces. Hay una o dos pequeñas cosas, meras formalidades, que debo arreglar contigo. Tienes un papel a tu lado. Por favor, escribe en él "Estoy perfectamente dispuesto a actuar como gerente de negocios de la Franco-Midland Hardware Company, Limited, con un salario mínimo de £500."

Hice lo que me pidió, y él guardó el papel en su bolsillo.

–Hay otro detalle –dijo–. ¿Qué piensas hacer con Mawson's?

Había olvidado por completo Mawson's en mi alegría. –Escribiré y renunciaré –dije.

–Precisamente lo que no quiero que hagas. Tuve una discusión por ti con el gerente de Mawson's. Subí a preguntarle por ti, y fue muy ofensivo; me acusó de convencerte para que abandonararas el servicio de la empresa y ese tipo de cosas. Al final, perdí la paciencia. "Si quieres buenos hombres, deberías pagarles un buen precio", le dije.

–Preferiría tener nuestro pequeño precio que el grande de ustedes –dijo él.

—Te apuesto un billete de cinco —dije— a que cuando tenga mi oferta, no volverás a saber de él.

—¡Hecho! —dijo—. Lo sacamos de la calle, y no nos dejará tan fácilmente. Esas fueron sus mismas palabras.

—¡El sinvergüenza impertinente! —grité—. Nunca lo he visto en mi vida. ¿Por qué debería considerarlo de alguna manera? No escribiré si prefieres que no lo haga.

—¡Bien! Esa es una promesa —dijo, levantándose de su silla—. Bueno, estoy encantado de haber conseguido un hombre tan bueno para mi hermano. Aquí tienes tu adelanto de cien libras y aquí está la carta. Toma nota de la dirección, 126b Corporation Street, y recuerda que tu cita es mañana a la una. ¡Buenas noches; y que tengas toda la fortuna que mereces!

Eso es casi todo lo que pasó entre nosotros, según recuerdo. Puedes imaginar, Dr. Watson, lo contento que estaba con un golpe de suerte tan extraordinario. Me quedé despierto hasta la mitad de la noche abrazándome de la alegría, y al día siguiente me fui a Birmingham en un tren que me llevaría con tiempo suficiente para mi cita. Llevé mis cosas a un hotel en New Street, y luego me dirigí a la dirección que me habían dado.

Era un cuarto de hora antes de mi hora, pero pensé que eso no haría diferencia. El 126b era un pasaje entre dos grandes tiendas, que conducía a una escalera de piedra en espiral, de la cual había muchos pisos, alquilados como oficinas para empresas o profesionales. Los nombres de los ocupantes estaban pintados en la parte inferior de la pared, pero no había ningún nombre como la Franco-Midland Hardware Company, Limited. Me quedé unos minutos con el corazón en los pies, preguntándome si todo era una elaborada broma o no, cuando se me acercó un hombre y me dirigió la palabra. Era muy parecido al tipo que había visto la noche anterior, la misma figura y voz, pero estaba afeitado y su cabello era más claro.

—¿Es usted el señor Hall Pycroft? —preguntó.

—Sí —dije.

—¡Ah! Lo estaba esperando, pero está un poco antes de su tiempo. Recibí una nota de mi hermano esta mañana en la que cantaba sus alabanzas muy alto.

–Estaba buscando las oficinas cuando llegó.

–No hemos puesto nuestro nombre todavía, ya que solo aseguramos estos locales temporales la semana pasada. Suba conmigo, y hablaremos del asunto.

Lo seguí hasta la cima de una escalera muy alta, y allí, justo bajo las tejas, había un par de habitaciones pequeñas y polvorientas, sin alfombra ni cortinas, a las que me llevó. Había pensado en una gran oficina con mesas relucientes y filas de empleados, como estaba acostumbrado, y me atrevo a decir que miré bastante fijamente las dos sillas y una pequeña mesa de madera, que, junto con un libro de cuentas y una papelera, componían todo el mobiliario.

–No se desanime, señor Pycroft –dijo mi nuevo conocido, al ver la longitud de mi cara–. Roma no se construyó en un día, y tenemos mucho dinero a nuestras espaldas, aunque aún no hacemos mucho alarde en las oficinas. Por favor, siéntese, y déjeme su carta.

Se la di, y la leyó con mucho cuidado.

–Parece que ha causado una gran impresión en mi hermano Arthur –dijo–; y sé que es un buen juez. Él jura por Londres, ¿sabe? Y yo por Birmingham; pero esta vez seguiré su consejo. Considérese definitivamente contratado.

–¿Cuáles son mis deberes? –pregunté.

–Eventualmente, dirigirá el gran depósito en París, que inundará las tiendas de ciento treinta y cuatro agentes en Francia con vajilla inglesa. La compra se completará en una semana, y mientras tanto, permanecerá en Birmingham y se hará útil.

–¿Cómo?

Como respuesta, sacó un gran libro rojo de un cajón.

–Este es un directorio de París –dijo–, con los oficios después de los nombres de las personas. Quiero que se lo lleve a casa y marque todos los vendedores de ferretería, con sus direcciones. Sería de gran ayuda para mí tenerlos.

–¿No hay listas clasificadas? –sugerí.

–No confiables. Su sistema es diferente al nuestro. Persevere, y déjeme las listas para el lunes a las doce. Buenos días, señor Pycroft. Si sigue mostrando celo e inteligencia, encontrará a la compañía un buen empleador.

Regresé al hotel con el gran libro bajo el brazo y con sentimientos muy contradictorios en mi pecho. Por un lado, estaba definitivamente contratado y tenía cien libras en el bolsillo; por otro, el aspecto de las oficinas, la ausencia de nombre en la pared y otros puntos que llamarían la atención de un hombre de negocios me dejaron una mala impresión sobre la posición de mis empleadores. Sin embargo, pasara lo que pasara, tenía mi dinero, así que me dediqué a mi tarea. Todo el domingo estuve trabajando duro, y aún para el lunes solo había llegado a la letra H. Fui a ver a mi empleador, lo encontré en la misma habitación desmantelada y me dijo que siguiera hasta el miércoles y luego volviera. El miércoles aún no había terminado, así que seguí trabajando hasta el viernes, es decir, ayer. Luego se lo llevé al señor Harry Pinner.

–Muchas gracias –dijo–; temo que subestimé la dificultad de la tarea. Esta lista será de gran ayuda para mí.

–Tomó tiempo –dije.

–Y ahora –dijo–, quiero que haga una lista de las tiendas de muebles, ya que todas venden vajilla.

–Muy bien.

–Y puede venir mañana por la noche, a las siete, y decirme cómo va progresando. No se sobrecargue de trabajo. Un par de horas en el Music Hall de Day por la noche no le harían daño después de sus labores. Se rió al hablar, y vi con un escalofrío que su segundo diente del lado izquierdo estaba muy mal empastado con oro.

Sherlock Holmes se frotó las manos con deleite, y yo miré con asombro a nuestro cliente.

–Puede que se sorprenda, Dr. Watson; pero es así –dijo–: Cuando estaba hablando con el otro tipo en Londres, en el momento en que se rió de que no iba a Mawson's, noté que su diente estaba empastado de esta manera idéntica. El destello del oro en cada caso llamó mi atención, ¿sabe? Cuando combiné eso con la voz y la figura siendo la misma, y solo esas cosas cambiadas que podrían alterarse con una navaja o una peluca, no pude dudar de

que era el mismo hombre. Por supuesto, uno espera que los hermanos se parezcan, pero no que tengan el mismo diente empastado de la misma manera. Me hizo una reverencia y me encontré en la calle, sin saber si estaba de pie o de cabeza. Volví a mi hotel, metí la cabeza en un lavabo con agua fría e intenté pensar en ello. ¿Por qué me había enviado de Londres a Birmingham? ¿Por qué había llegado antes que yo? ¿Y por qué había escrito una carta de sí mismo a sí mismo? Todo era demasiado para mí, y no podía encontrarle sentido. Y luego, de repente, se me ocurrió que lo que era oscuro para mí podría ser muy claro para el señor Sherlock Holmes. Tuve tiempo justo para tomar el tren nocturno a la ciudad y verlo esta mañana, y traerlos a ambos de vuelta conmigo a Birmingham.

Hubo una pausa después de que el empleado de bolsa concluyó su sorprendente experiencia. Luego, Sherlock Holmes me miró, recostado en los cojines con una cara complacida y a la vez crítica, como un conocedor que acaba de tomar su primer sorbo de un vino de cosecha.

–Bastante interesante, Watson, ¿no? –dijo–. Hay puntos en esto que me complacen. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que una entrevista con el señor Arthur Harry Pinner en las oficinas temporales de la Franco-Midland Hardware Company, Limited, sería una experiencia bastante interesante para ambos.

–Pero, ¿cómo podemos hacerlo? –pregunté.

–Oh, muy fácilmente –dijo Hall Pycroft, alegremente–. Son dos amigos míos que buscan trabajo, y qué podría ser más natural que llevarlos a ambos ante el director gerente.

–Por supuesto –dijo Holmes–. Me gustaría echar un vistazo al caballero y ver si puedo descifrar su pequeño juego. ¿Qué cualidades tienes, amigo mío, que harían que tus servicios fueran tan valiosos? ¿O es posible que...? –Empezó a morderse las uñas y a mirar fijamente por la ventana, y apenas logramos sacarle otra palabra hasta que estuvimos en New Street.

A las siete de esa tarde, los tres caminábamos por Corporation Street hacia las oficinas de la compañía.

–No sirve de nada llegar antes de la hora –dijo nuestro cliente–. Él solo viene a verme, aparentemente, porque el lugar está desierto hasta la hora que indica.

–Eso es sugestivo –observó Holmes.

–¡Por Júpiter, te lo dije! –exclamó el empleado–. Ahí va, caminando delante de nosotros.

Señaló a un hombre pequeño, moreno y bien vestido que se apresuraba al otro lado de la calle. Mientras lo observábamos, miró a un chico que gritaba la última edición del periódico vespertino, y corriendo entre los coches y autobuses, compró uno. Luego, agarrándolo con la mano, desapareció por una puerta.

–¡Allí va! –gritó Hall Pycroft–. Esas son las oficinas de la compañía en las que ha entrado. Vengan conmigo, y lo arreglaré lo más fácilmente posible.

Siguiendo su guía, subimos cinco pisos, hasta encontrarnos fuera de una puerta medio abierta, en la que nuestro cliente golpeó. Una voz desde dentro nos invitó a entrar, y entramos en una habitación desnuda y sin amueblar, tal como había descrito Hall Pycroft. En la única mesa estaba sentado el hombre que habíamos visto en la calle, con su periódico vespertino desplegado frente a él, y cuando nos miró, me pareció que nunca había visto un rostro con tantas marcas de pesar, y de algo más allá del pesar: un horror que pocos hombres experimentan en su vida. Su frente brillaba con sudor, sus mejillas eran de un blanco apagado, como el vientre de un pez, y sus ojos estaban desorbitados y salvajes. Miró a su empleado como si no lo reconociera, y pude ver por la sorpresa en el rostro de nuestro guía que esta no era la apariencia usual de su empleador.

–¡Parece enfermo, señor Pinner! –exclamó.

–Sí, no me siento muy bien –respondió el otro, haciendo evidentes esfuerzos por controlarse y lamiéndose los labios secos antes de hablar–. ¿Quiénes son estos caballeros que ha traído con usted?

–Uno es el señor Harris, de Bermondsey, y el otro es el señor Price, de esta ciudad –dijo nuestro empleado, con fluidez–. Son amigos míos y caballeros con experiencia, pero han estado sin trabajo por algún tiempo y esperaban que quizá pudiera encontrarles un puesto en la empresa.

–¡Muy posiblemente! ¡Muy posiblemente! –exclamó el señor Pinner con una sonrisa espantosa–. Sí, no tengo duda de que podremos hacer algo por ustedes. ¿Cuál es su especialidad, señor Harris?

–Soy contador –dijo Holmes.

–Ah sí, necesitaremos algo así. ¿Y usted, señor Price?

–Soy empleado –dije.

–Espero sinceramente que la empresa pueda acomodarlos. Les informaré tan pronto como lleguemos a una conclusión. Y ahora les ruego que se vayan. ¡Por el amor de Dios, déjenme solo!

Estas últimas palabras salieron disparadas de él, como si la contención que evidentemente se estaba imponiendo de repente y totalmente se hubiera roto. Holmes y yo nos miramos, y Hall Pycroft dio un paso hacia la mesa.

–Olvida, señor Pinner, que estoy aquí por una cita para recibir algunas instrucciones de usted –dijo.

–Ciertamente, señor Pycroft, ciertamente –respondió el otro en un tono más calmado–. Puede esperar aquí un momento; y no hay razón para que sus amigos no esperen con usted. Estaré completamente a su servicio en tres minutos, si me permiten abusar de su paciencia tanto. Se levantó con un aire muy cortés y, haciendo una reverencia, pasó por una puerta al fondo de la habitación, que cerró tras él.

–¿Y ahora qué? –susurró Holmes–. ¿Nos está dando esquinazo?

–Imposible –respondió Pycroft.

–¿Por qué?

–Esa puerta lleva a una habitación interior.

–¿No hay salida?

–Ninguna.

–¿Está amueblada?

–Estaba vacía ayer.

–Entonces, ¿qué demonios está haciendo? Hay algo que no entiendo en su comportamiento. Si alguna vez un hombre estaba tres partes loco de terror, ese hombre es Pinner. ¿Qué puede haberlo puesto tan nervioso?

–Sospecha que somos detectives –sugerí.

–Eso es –gritó Pycroft.

Holmes negó con la cabeza. –No palideció. Estaba pálido cuando entramos –dijo–. Es muy posible que...

Sus palabras fueron interrumpidas por un agudo golpe desde la dirección de la puerta interior.

–¿Por qué demonios está golpeando su propia puerta? –gritó el empleado.

De nuevo y mucho más fuerte llegó el golpe. Todos miramos expectantes a la puerta cerrada. Al mirar a Holmes, vi su rostro ponerse rígido, y se inclinó hacia adelante con intensa emoción. Luego, de repente, vino un bajo gorgoteo, y un golpeteo rápido en la madera. Holmes se lanzó frenéticamente a través de la habitación y empujó la puerta. Estaba cerrada por dentro. Siguiendo su ejemplo, nos abalanzamos sobre ella con todo nuestro peso. Una bisagra se rompió, luego la otra, y la puerta cayó con un estrépito. Al cruzarla, nos encontramos en la habitación interior. Estaba vacía.

Pero solo fue un momento en que nos sentimos desorientados. En una esquina, la más cercana a la habitación que habíamos dejado, había una segunda puerta. Holmes se abalanzó sobre ella y la abrió. Un abrigo y un chaleco yacían en el suelo, y de un gancho detrás de la puerta, con sus propios tirantes alrededor del cuello, colgaba el director gerente de la Franco-Midland Hardware Company. Sus rodillas estaban dobladas, su cabeza colgaba en un ángulo terrible con su cuerpo, y el repiqueteo de sus talones contra la puerta hacía el ruido que había interrumpido nuestra conversación. En un instante, lo agarré por la cintura y lo sostuve mientras Holmes y Pycroft desataban las bandas elásticas que habían desaparecido entre los pliegues lívidos de la piel. Luego lo llevamos a la otra habitación, donde yacía con el rostro color arcilla, inflando sus labios morados con cada respiración, un espantoso remanente de lo que había sido cinco minutos antes.

–¿Qué piensas de él, Watson? –preguntó Holmes.

Me incliné sobre él y lo examiné. Su pulso era débil e intermitente, pero su respiración se hizo más profunda, y hubo un leve temblor de sus párpados, que mostró una delgada línea blanca del globo ocular debajo.

–Ha estado al borde de la muerte –dije–, pero vivirá. Solo es cuestión de tiempo ahora –dije, mientras me alejaba de él.

Holmes se quedó junto a la mesa, con las manos en los bolsillos de su pantalón y la barbilla sobre el pecho.

–Supongo que ahora deberíamos llamar a la policía –dijo–. Y sin embargo, confieso que me gustaría darles un caso completo cuando lleguen.

–Es un bendito misterio para mí –gritó Pycroft, rascándose la cabeza–. Lo que sea que quisieran traerme aquí y luego...

–¡Bah! Todo eso está claro –dijo Holmes con impaciencia–. Es este último movimiento repentino.

–¿Entiendes el resto, entonces?

–Creo que es bastante obvio. ¿Qué dices, Watson?

Me encogí de hombros. –Debo confesar que estoy fuera de mi alcance –dije.

–Oh, seguramente, si consideras los eventos al principio, solo pueden apuntar a una conclusión.

–¿Qué haces de ellos?

–Bueno, todo depende de dos puntos. El primero es hacer que Pycroft escriba una declaración por la cual entraba al servicio de esta compañía absurda. ¿No ves lo muy sugerente que es eso?

–Me temo que no veo el punto.

–Bueno, ¿por qué querían que lo hiciera? No como un asunto de negocios, ya que estos arreglos suelen ser verbales, y no había ninguna razón comercial para que esto fuera una excepción. ¿No ves, mi joven amigo, que estaban muy ansiosos por obtener una muestra de tu caligrafía, y no tenían otra forma de hacerlo?

–¿Y por qué?

–Exactamente. ¿Por qué? Cuando respondamos eso, habremos avanzado en nuestro pequeño problema. ¿Por qué? Solo puede haber una razón adecuada. Alguien quería aprender a imitar tu escritura, y tuvo que obtener una muestra primero. Y ahora, si pasamos al segundo punto, encontramos que cada uno arroja luz sobre el otro. Ese punto es la solicitud de Pinner de que no renunciaras a tu puesto, sino que dejaras al gerente de este importante negocio en la plena expectativa de que un señor Hall Pycroft, a quien nunca había visto, iba a entrar en la oficina el lunes por la mañana.

–¡Dios mío! –gritó nuestro cliente– ¡Qué tonto he sido!

–Ahora ves el punto sobre la caligrafía. Supongamos que alguien se presentara en tu lugar y escribiera de una manera completamente diferente a la que habías aplicado para la vacante, por supuesto, el juego habría terminado. Pero en el intervalo, el pícaro había aprendido a imitarte, y su posición era, por lo tanto, segura, ya que supongo que nadie en la oficina había visto tu rostro.

–Ni una sola alma –gimió Hall Pycroft.

–Muy bien. Por supuesto, era de suma importancia evitar que reconsideraras tu decisión, y también evitar que tuvieras contacto con alguien que pudiera decirte que tu doble estaba trabajando en la oficina de Mawson. Por lo tanto, te dieron un generoso adelanto de tu salario, y te llevaron a los Midlands, donde te dieron suficiente trabajo para evitar que fueras a Londres, donde podrías haber arruinado su pequeño juego. Eso es todo claro.

–¿Pero por qué este hombre fingiría ser su propio hermano?

–Bueno, eso también es bastante claro. Evidentemente, solo hay dos en esto. El otro está suplantándote en la oficina. Este actuó como tu reclutador, y luego descubrió que no podía encontrarte un empleador sin admitir a una tercera persona en su trama. Eso era lo que menos quería hacer. Cambió su apariencia tanto como pudo, y confió en que el parecido, que no podías dejar de notar, se atribuiría a una semejanza familiar. Pero por el feliz azar del empaste dorado, tus sospechas probablemente nunca se habrían despertado.

Hall Pycroft agitó los puños en el aire. –¡Dios mío! –gritó–. ¡Mientras me han engañado de esta manera, qué ha estado haciendo ese otro Hall Pycroft en Mawson's? ¿Qué debemos hacer, señor Holmes? Dígame qué hacer.

–Debemos enviar un telegrama a Mawson's.

–Cierran a las doce los sábados.

–No importa. Puede que haya algún portero o asistente...

–Ah sí, mantienen una guardia permanente allí debido al valor de los valores que poseen. Recuerdo haberlo oído en la ciudad.

–Muy bien; les enviaremos un telegrama y veremos si todo está bien, y si un empleado con tu nombre está trabajando allí. Eso está claro; pero lo que

no está tan claro es por qué al vernos uno de los pícaros se salió de la habitación y se ahorcó.

–¡El periódico! –croó una voz detrás de nosotros. El hombre estaba sentado, pálido y espectral, con la razón regresando a sus ojos, y sus manos frotando nerviosamente la amplia banda roja que aún rodeaba su cuello.

–¡El periódico! ¡Por supuesto! –gritó Holmes, en un paroxismo de emoción–. ¡Idiota que fui! Pensé tanto en nuestra visita que el periódico nunca cruzó mi mente por un instante. Por supuesto, el secreto debe estar allí. Lo extendió sobre la mesa, y un grito de triunfo brotó de sus labios. –Mira esto, Watson –gritó–. Es un periódico de Londres, una edición temprana del Evening Standard. Aquí está lo que buscamos. Mira los titulares: "Crimen en la ciudad. Asesinato en Mawson & Williams. Gigantesco intento de robo. Captura del criminal." Aquí, Watson, todos estamos igualmente ansiosos por escucharlo, así que por favor léelo en voz alta para nosotros.

Parecía, por su posición en el periódico, ser el único evento importante en la ciudad, y la cuenta de ello decía así:

“Un intento desesperado de robo, que culminó en la muerte de un hombre y la captura del criminal, ocurrió esta tarde en la ciudad. Desde hace algún tiempo, Mawson & Williams, la famosa casa financiera, ha sido la guardiana de valores que en conjunto suman considerablemente más de un millón de libras esterlinas. Tan consciente estaba el gerente de la responsabilidad que recaía sobre él debido a los grandes intereses en juego que se emplearon cajas fuertes de la construcción más moderna, y se dejó un vigilante armado día y noche en el edificio. Parece que la semana pasada se contrató a un nuevo empleado llamado Hall Pycroft. Esta persona no era otra que Beddington, el famoso falsificador y ladrón, quien, junto con su hermano, había salido recientemente de una condena de cinco años de trabajos forzados. Por algún medio, que aún no está claro, logró obtener, bajo un nombre falso, este puesto oficial en la oficina, que utilizó para obtener moldes de varias cerraduras y un conocimiento completo de la ubicación del cuarto fuerte y las cajas de seguridad.”

"Es costumbre en Mawson que los empleados se vayan al mediodía del sábado. El sargento Tuson, de la Policía de la Ciudad, se sorprendió un poco al ver a un caballero con una bolsa de viaje bajar los escalones a la una y veinte. Sus sospechas se despertaron, por lo que el sargento siguió al

hombre, y con la ayuda del agente Pollock logró, después de una resistencia desesperada, arrestarlo. Fue evidente de inmediato que se había cometido un robo audaz y gigantesco. Casi cien mil libras en bonos ferroviarios americanos, junto con una gran cantidad de acciones de minas y otras compañías, se descubrieron en la bolsa. Al examinar las instalaciones, el cuerpo del desafortunado vigilante se encontró doblado y metido en la más grande de las cajas de seguridad, donde no habría sido descubierto hasta la mañana del lunes de no ser por la rápida acción del sargento Tuson. El cráneo del hombre había sido destrozado por un golpe de un atizador dado por detrás. No cabía duda de que Beddington había obtenido acceso fingiendo que había dejado algo atrás, y tras asesinar al vigilante, rápidamente saqueó la gran caja fuerte y se marchó con su botín. Su hermano, que generalmente trabaja con él, no ha aparecido en este trabajo hasta donde se puede determinar en este momento, aunque la policía está haciendo enérgicas averiguaciones sobre su paradero."

—Bueno, podemos ahorrar un poco de trabajo a la policía en esa dirección —dijo Holmes, mirando a la figura demacrada acurrucada junto a la ventana—. La naturaleza humana es una mezcla extraña, Watson. Ves que incluso un villano y asesino puede inspirar tal afecto que su hermano recurre al suicidio al saber que su cuello está en juego. Sin embargo, no tenemos opción en cuanto a nuestra acción. El doctor y yo nos quedaremos de guardia, señor Pycroft, si tiene la amabilidad de salir a buscar a la policía.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB